

---

## CINCO HORAS DESPUÉS.

---

La vision de esta mañana se ha desvanecido. Aquella Constantinopla, toda luz y belleza, es una ciudad monstruosa, desparramada en un sube y baja infinito de alturas y hondonadas; laberinto de hormigueros humanos, de cementerios, de ruinas, de soledades; confusion nunca vista de civilizacion y de barbarie, que presenta un remedo de todas las ciudades del mundo y recoje en sí todos los aspectos de la vida humana.

Realmente, no tiene de gran ciudad más que el esqueleto, que es la pequeña parte murada: el resto consiste en una aglomeracion de barracas, un indeterminado campamento asiático, en donde bulle la poblacion, que jamás se contó, de gentes de todas las razas y de todas las religiones. Una ciudad en transformacion, compuesta de ciudad vieja, que se borra y se deshace; de ciudad nueva salida ayer á los haces de la tierra; de otras ciudades que están naciendo.

Todo se halla superpuesto y amontonado. Por cada parte que se mira adviértense las huellas de trabajo gigantesco: montes perforados, colinas desmontadas, barrios derruidos; grandes calles señaladas en proyecto: inmenso escombros de fábrica y de restos de incendios, en suma, sobre terreno perpétuamente atormentado por la mano del hombre.

Hay un desorden, una confusión de cosas semejantes, una sucesión continua de vistas que no se pueden prever por lo extrañas, capaz de aturdir á cualquiera. Si vais hasta el final de una magnífica calle, encontrais con que está cerrada por un barranco; salís del teatro y vais á dar en medio de las tumbas; subís á un monte y teneis á los piés una selva y enfrente otra ciudad; el barrio que habeis atravesado poco antes, si os volveis á contemplarlo, os lo hallais en el corazón de un desfiladero, ya medio escondido entre los árboles; andais en torno á una casa, y de pronto se os presenta un puerto; doblais una esquina, y adios ciudad: estais en una garganta desierta, entre dos desmontes, donde no se ve sino una tira de cielo; las ciudades despuntan, se esconden, salen á luz á cada paso por encima de vuestras cabezas, á vuestros piés, á la espalda, próximas, lejanas, al sol, á la sombra; entre el bosque, sobre el mar; dad un paso adelante: dilatado panorama; un paso atrás: ya no se ve nada; levantais la cabeza, multitud de

puntas de minarete; bajais la vista, á fin de ver dónde poneis los piés para descender un palmo, y todo ha desaparecido.

Las calles, infinitamente intrincadas, serpean entre bancos más ó ménos movedizos, corren sobre los terraplenes, presentan de cuando en cuando precipicios, pasan bajo los acueductos, se bifurcan en sin número de callejones, descienden por prados y calzadas en medio de musgos, de rocas, de ruinas, de arena. De trecho en trecho, la gran ciudad toma como respiro en la soledad del campo, y luego empieza de nuevo más apretada, más coloreada y más alegre: ora en llano, ora en monte, ora embarrancándose, perdiéndose y agrupándose despues en tropel. En unos sitios humea y ensordece; en otros duerme. Aquí aparece sonrosada; allí blanca; más allá dorada; en aquel otro lado florece. La ciudad elegante, la aldea, el campo, la huerta, el puerto, la necrópolis, el desierto, el mercado, alternan sin interrupción, escalonándose uno sobre otro de tal suerte, que con una sola mirada, y desde un lugar solo, se puede contemplar todas las ricas variedades de una provincia.

Infinidad de extraños contornos se dibujan desde cada punto sobre la transparencia ambiente, destacándose en el cielo ó en las aguas, tan amontonados, tan locamente hechos pedazos y dentellados por la portentosa variedad de las arquitecturas, que se confunden ante nuestra vista como si tre-

molasen y se intrincasen en diabólica danza todos juntos. En medio de las sedes turcas, se alza el palacio europeo; detrás del minarete, el campanario; sobre la terraza, la cúpula; detrás de la torre, el muro almenado; los techos de los kioscos chinos, sobre los frontispicios de los teatros; los balcones enrejados de los harenes, frente á las ventanas con vidrieras; los ajimeces moriscos, al lado de las azoteas con balaustradas; los nichos con vírgenes, bajo los arcos árabes; los sepulcros, en los patios; las torres, entre los tugurios; las mezquitas, las sinagogas, las iglesias griegas, las católicas, las armenias, como si tratasen de superarse las unas á las otras; y en todos los resquicios, en cada vano, por los huecos, pinos, higueras, plátanos, cipreses, que extienden sus ramas hasta abrazar los techos.

Indescriptible arquitectura de líneas envolventes secunda los originales caprichos del terreno, con una pila de casas talladas á pico, en forma de torres triangulares, pirámides rectas y oblicuas y truncadas, circundadas de puentes, de puntales y de fosos, agrupadas al acaso, como masas de una montaña voladas á barreno; cada cien pasos todo cambia. Aquí estais en una calle de un barrio extremo de Marsella; os volveis, un pueblecillo asiático; vuelta á dar vuelta, un cuartel griego; otro flanco derecho, un caserío de las afueras de Trebisonda. En la lengua, en los sem-

blantes, en el aspecto de las construcciones, reconocéis que habeis pasado de una Nacion á otra.

Hay puntas de Francia, listas de Italia, ribetes de Inglaterra, girones de Rusia; sobre la inmensa haz de la ciudad se ve representada la gran lucha de la familia cristiana que reconquista, y la familia islamítica que defiende con sus últimos esfuerzos el suelo sagrado. Stambul, en otro tiempo enteramente turca, es asaltada por cuarteles cristianos que la envuelven royéndola lentamente, á lo largo del Cuerno de Oro y el mar de Mármara; y de otro lado, la conquista procede furiosamente: las iglesias, los palacios, los hospitales, los jardines públicos, los hospicios, las escuelas, descuartizan los distritos musulmanes, saltan por los cementerios, avanzan de cerro en cerro, y diseñan vagamente en la tierra revuelta las huellas de una gran ciudad que un dia cubrirá la orilla europea del Bósforo, como la de ahora cubre la del Cuerno de Oro.

Pero estas observaciones generales distraen á cada paso de mil cosas nuevas.

En una calle, el convento de los dervis; en otra, el cuartel militar de estilo morisco, el café turco, el bazar, la fuente, el acueducto. En un cuarto de hora es preciso cambiar el paso diez veces: subir, trepar, saltar, bajar por una escalinata de ladrillo, separar cien obstáculos, abriéndose calle, ora entre la muchedumbre, ora entre

los arbustos, ora tapándose la nariz, ora aspirando el aire perfumado desde un paraje abierto, donde á la gran luz del Bósforo se divisa el Asia y un cielo infinito; se penetra, á poca distancia, en la triste oscuridad de una red de callejas, flanqueadas por casuchas hundiéndose, y erizadas de piedras como madre de río ó lecho de arroyo; desde un verde fresco y umbroso se salta á una nube de sofocante polvo saeteado por el sol; de encrucijadas llenas de rumores y de color, se vá á recintos sepulcrales donde jamás sonó voz humana; del divino Oriente de nuestros sueños, á otro Oriente lúgubre, inmundo, decrepito, que superpuja la más negra imágen que la fantasía pudo crear.

Después de un paseo de pocas horas, no sabe ya uno dónde tiene la cabeza. A quien nos preguntare de improviso qué es Constantinopla, no se podría contestar sino poniéndose las manos en la cabeza para aquietar la tempestad de pensamientos que bullen en el cerebro.

Constantinopla es una Babilonia, un mundo, un caos.

¿Es bella?—¡Prodigiosa!

¿Es fea?—¡Horrible!

¿Os gusta?—¡Embriaga!

¿Permaneceríais en ella?—¡Qué sé yo!

Se vuelve á casa lleno de desengaños y de entusiasmo, arrebatados por los encantos y estraga-

dos por las desilusiones, aturdidos y medio locos, con un desórden tal en la cabeza, que parece el principio de una congestion cerebral, y que poco á poco se templa cayendo en profunda postracion y en mortal tédio.

Se ha vivido muchos años de prisa, y nos sentimos envejecidos.

¿Y la poblacion de esta ciudad monstruosa?